

TABEA BACH

LA VILLA DE LA SEDA

Traducción de Albert Vitó i Godina

 Planeta

1

LA INVITACIÓN

Las flores resplandecían. Aunque Angela llevaba gafas de sol oscuras, aquellos brotes la deslumbraban; y aun así no podía dejar de mirar. A la vez que iba estrechando una mano tras otra, se dejaba abrazar y aceptaba el pésame de todos y cada uno de los presentes, igual que soportaba el ambiente extraordinariamente primaveral de ese día de principios de abril, lanzaba continuas miradas hacia aquella montaña de flores: rosas blancas, narcisos amarillos, tulipanes y peonías esplendorosas de tonos rosados y lila. Su aroma había atraído a abejas y abejorros, que habían acudido desde quién sabe dónde para revolotear alrededor de la tumba de su marido, como si la muerte no existiera en este mundo.

A Angela ya no le quedaban lágrimas, las había derramado todas varias semanas atrás. Durante dos años había presenciado cómo se iba apagando poco a poco la persona a la que había amado más que a su propia vida. Al final, la muerte había sido una liberación para ambos, aunque solo fueran capaces de comprenderlo quienes habían estado presentes durante todo ese tiempo. Aparte de su hija Nathalie, quien a sus diecinueve años seguía junto a ella como una roca entre el oleaje, dándole fuerza y apoyo, nadie más sabía lo que acababa de dejar atrás.

Por fin terminó la sucesión de personas que habían pasado a saludarla. Cuando acompañó a los invitados a tomar café y pastel en el restaurante preferido de Peter, a orillas del lago Ammer, tuvo la sensación de que alguien dirigía sus movimientos por control remoto, casi como si se contemplara a sí misma desde fuera: se observaba respondiendo a todo aquel que sentía la necesidad de compartir su pesar con ella e intercambiaba palabras agradables con ellos. Sentía una gran gratitud por la presencia de tanta gente, pero al mismo tiempo el proceso le pareció absolutamente abrumador, puesto que la cantidad de personas que habían acudido para despedirse de Peter era increíble.

—Siempre se van los mejores —decía una y otra vez uno de sus clientes más importantes, y todos los que lo oían asentían para darle la razón.

El amigo y socio de Peter, Markus, se encargó de consolarlo, y Angela agradeció no tener que hacerlo ella misma. Ya resultaba bastante fatigoso tener que encontrar siempre palabras distintas para confortar al enésimo amigo o pariente a pesar de que no había consuelo posible. Una vez que pasó todo y que los últimos invitados empezaron a despedirse, se dio cuenta de lo agotada que estaba.

La casa estaba vacía, reinaba el silencio. Todo un alivio tras un día tan doloroso. Angela era consciente de que, en realidad, ya se había despedido de su marido mucho antes. Aquel cuerpo vacío y desgastado cuyo corazón se había parado había dejado de ser Peter tiempo atrás para convertirse en una sombra del recuerdo de una vida pasada. «Quiero que sigas con tu vida —le había repetido una y otra vez su marido—. Quiero que vuelvas a ser feliz, ¡que

puedas disfrutar de la vida también sin mí!» Angela no había sido capaz de imaginárselo cuando se lo había dicho, y en esos momentos tampoco le parecía una posibilidad.

Se tomó una pastilla para el dolor de cabeza, se quitó el vestido negro, lo colgó en el armario y dejó la puerta abierta, para que se aireara un poco, resistiéndose a la tentación de abrir el compartimento contiguo, el que contenía la ropa de Peter: trajes italianos confeccionados a medida, todos elegantes y sencillos por igual.

Angela se puso el pijama a pesar de que no había anochecido todavía, se preparó una infusión y entró en el salón. Todo le resultaba familiar: los cuadros de artistas amigos colgados en las paredes, los muebles tapizados de color beige, la mesa de diseño de acero y vidrio. Todo eran piezas que habían elegido entre los dos, aunque en esos momentos a Angela le parecían meros vestigios de una felicidad ajena que había dejado de existir.

¿Acaso no era así? Pero ¿por qué se sentía tan ajena a todo?

Se dejó caer sobre una butaca y se quedó mirando el jardín. Había brotes nuevos y flores por todas partes: campanillas blancas, rosas del azafrán, campanillas de primavera y los jacintos de la uva azules que tanto le gustaban.

Levantó la mirada por encima de los setos todavía pelados. A lo lejos divisó el lago y, por detrás, los Alpes cubiertos de nieve. Siempre se había deleitado con esas vistas. «Menudo paraíso», solía decir Peter, y ella siempre le daba la razón. Sin embargo, aquel día el suntuoso paisaje no consiguió emocionarla como de costumbre...

—Mamá, ¿estás ahí? —preguntó su hija, que al cabo de

un instante entró en el salón con su energía habitual—. ¡Puf! —exclamó Nathalie mientras ocupaba una butaca justo enfrente de su madre—. Tía Simone quería quedarse a pasar unos días. Decía que no podía dejarte sola en un momento así. Le he explicado que necesitabas un poco de calma; he hecho bien, ¿verdad?

Angela sonrió. Conocía bien a su cuñada. Por supuesto que su hija había hecho bien.

—Muy amable por tu parte —contestó—. Espero que no hayas sido grosera con ella.

—No, tranquila —respondió Nathalie con la voz cargada de afecto—. Le he dicho que no estabas sola ni mucho menos, que al fin y al cabo me tienes a mí. No ha podido replicar nada.

—Gracias...

Angela se quedó mirando a su hija con ternura. Ella también tenía ojeras, los últimos meses habían sido igual de duros para ella, y Angela era consciente de ello. Nathalie quería mucho a su padre. Aquella adolescente despreocupada se había convertido en toda una mujer segura de sí misma. Una joven especialmente atractiva, con los ojos de color verde oscuro y el pelo castaño casi hasta la cintura, aunque ese día lo había llevado recogido. Igual que ella, Nathalie también había perdido peso durante los últimos meses, de manera que su aspecto era algo frágil a pesar de la energía inagotable que alimentaba su cuerpo. Angela intentó recordar si ella también había sido así: tan llena de vida, con tantos planes en mente, tan optimista a pesar de la temporada tan difícil que acababan de dejar atrás. «En eso se parece a Peter», pensó antes de cerrar los ojos extenuada. Todo lo que había en aquella casa indica-

ba la presencia de su difunto marido. Y también su ausencia definitiva.

—¿Has visto? —preguntó Nathalie—. Nos ha escrito Tess.

Angela volvió la cabeza sorprendida.

—¿De verdad? Qué amable.

—La he abierto porque pensaba que sería una carta de condolencia más y que preferirías que me ocupara yo de ello. Pero resulta que es una carta personal para ti, mamá. ¿Quieres leerla?

—Tal vez mañana —respondió Angela—. Ya he oído suficientes pésames por hoy.

—Ya, me lo imagino —replicó Nathalie algo agitada—. Pero ¡esta carta es distinta! Tess te invita a la casa que tiene en el Véneto. Dice que necesitas unas vacaciones, alejarte un poco de..., bueno, de todo. ¿Quién sabe? ¡Yo creo que tiene razón!

La primera reacción de Angela fue de rechazo. Sin embargo, una expresión de claro desasosiego en los ojos de su hija le transmitió asimismo el amor que esta le profesaba. Nathalie estaba preocupada por ella y eso la conmovió.

—Me lo pensaré —dijo en un tono más suave—. Mañana.

—¿Me lo prometes? —insistió Nathalie.

Angela no pudo evitar reírse. Era un viejo ritual entre ellas desde que Nathalie había aprendido a hablar. Porque, desde aquel momento, esa había sido su manera de probar todas las cosas que a Angela le habían parecido demasiado peligrosas. En lugar de prohibirle nada, siempre le hacía prometer a Nathalie que iría con cuidado. Era evidente que en esa ocasión se habían intercambiado los papeles.

—Prometido —dijo.

Y mientras se dormía, la idea de marcharse unos días ya no le pareció tan absurda.

Al día siguiente Angela se levantó con una sonrisa en los labios. Tardó una eternidad en recordarlo, pero había estado soñando con las flores y las abejas que había visto zumbando a su alrededor. En el sueño, el sol le daba de lleno en la cara, alguien la cogía de la mano y se la llevaba a una casa, una casa grande, con flores pintadas en las paredes y el sol, la luna y las estrellas en el techo. Luego la mano desaparecía y la invadía una irreparable sensación de pérdida que, no obstante, duraba poco, puesto que de repente se abría una puerta que daba a una habitación. Había sucedido algo bonito, aunque una vez despierta no fue capaz de recordar de qué se trataba...

Cuando el sueño se disolvió, Angela abrió los ojos. Antes de dejarse atrapar por la tristeza y la desesperación, retiró decidida la colcha y se puso en pie. Mientras había durado la enfermedad de Peter se había ceñido a una férrea rutina que la había ayudado a no desmoronarse. Y aunque en ningún momento había pensado en el futuro más allá del sepelio, o tal vez precisamente por eso, ese día también se puso la ropa de deporte, se ató las zapatillas de correr y salió de casa.

Correr le sentaba bien porque suponía una pausa para su incesante torrente de pensamientos. Sus piernas encontraron solas el camino vecinal que la llevaba desde su localidad hasta el pueblo vecino, bajaba hasta el lago y recorría la orilla. Durante ese trayecto se topó de cara con dos hom-

bres, uno de los cuales había sido compañero de clase de Peter. Cuando la saludó, Angela notó la mirada compasiva que le dirigió.

—Pobre mujer —oyó que le comentaba a su acompañante—. Acaba de cumplir los cuarenta y cinco, y ayer mismo enterró a su marido.

Fue como si alguien le hubiera pegado una patada detrás de la rodilla. Angela se tambaleó y estuvo a punto de tropezar consigo misma y caer al suelo. Se puso más furiosa de lo que lo había estado en mucho tiempo. ¿Acaso sería siempre así a partir de entonces? ¿Se había convertido en una viuda digna de compasión, una «pobre mujer» devastada por la desdicha?

Indignada, negó con la cabeza e intentó recuperar su ritmo de carrera habitual. Trató de convencerse de que no tenía que ser tan susceptible, de que la gente no decía esas cosas con mala intención. Sin embargo, justo antes de enfilar la cuesta de regreso a casa, llegó al quiosco en el que solía comprar el periódico. La propietaria, una anciana que la conocía desde hacía años, le dedicó una mirada muy parecida. Angela detectó su lástima, pero también el alivio de haber esquivado un destino tan doloroso. Y una curiosidad mal disimulada por saber cómo Angela sobrellevaba toda esa situación.

La última cuesta de su ruta requería toda su concentración. Gracias a eso había aprendido a anular los pensamientos nocivos y a centrarse únicamente en su cuerpo. Aun así, mientras abría la puerta de su casa, tomó la firme decisión de aceptar la invitación de Tess y acudir a visitarla. Poco después, bajo el chorro de agua de la ducha, supo por qué: necesitaba la compañía de personas capaces de

aceptar su situación. Sería la manera de averiguar lo que había quedado de sí misma después de todo lo acontecido.

Nathalie ya se había marchado a Múnich, donde el otoño anterior había empezado a estudiar Historia del Arte. Le había dejado una nota llena de corazones para avisarla de que regresaría por la tarde. Las clases comenzarían al cabo de dos semanas, pero Nathalie ya había empezado a redactar un trabajo de investigación en la biblioteca del instituto. Angela asintió con satisfacción. Su hija era tan disciplinada como ella y había decidido ceñirse también a su propia rutina.

Pasó la mañana ocupándose de las desagradables obligaciones burocráticas que inevitablemente surgen tras un deceso. Angela llamó por teléfono a las compañías de seguros, a la funeraria, al cementerio y al servicio de jardinería. Hizo copias del certificado de defunción de Peter y redactó una serie de cartas formales. Lo hizo todo siguiendo la misma rutina que en el pasado le había permitido resolver los asuntos del seguro médico, la tramitación de la baja y los bancos o las clínicas especializadas. Sabía que, además, tendría que tomar una serie de decisiones importantes.

Peter había fundado con su amigo Markus una empresa de construcción que no había hecho más que crecer durante los últimos veinte años, de manera que se había acabado convirtiendo en un negocio próspero. Antes de morir había transferido su participación a su esposa y a su hija, pero de todos modos quedaban muchos temas por resolver. Angela supuso que Markus le daría un cierto margen de tiempo, pero, por su propio interés, deseaba aclarar la situación cuanto antes, aunque todavía no hubiera tomado ninguna decisión al respecto.

Por la tarde, cuando estuvo segura de que Tess ya debía de haberse levantado de la siesta, marcó el número de la casa que la anciana tenía en el Véneto italiano. Hacía muchos años que no veía a esa amiga de juventud de su madre que siempre había sido para ella como la tía que jamás había tenido. En realidad se llamaba Teresa, pero, después de enamorarse de John, un soldado estadounidense destinado a Mannheim, y de seguirlo a Estados Unidos, se hacía llamar Tess. Angela y Peter habían ido a visitarlos a Florida, pero desde entonces había pasado mucho tiempo. Hacía diez años que Tess había regresado a Europa, aunque en lugar de volver a establecerse en Alemania había elegido una pequeña ciudad que quedaba a una hora en coche de Venecia en dirección norte.

Angela no tenía la más mínima idea de qué había llevado a la anciana a escoger precisamente aquel lugar para su vejez. Antes de que Peter enfermara, Nathalie había pasado unas vacaciones de verano en casa de Tess. Había regresado fascinada, y con la determinación inquebrantable de estudiar Historia del Arte, tal vez porque Tess había recorrido con ella hasta el último monumento cultural de la región.

—¿Vendrás a verme? —le preguntó Tess sin rodeos—. ¡Me alegro mucho de oír tu voz!

—Pues me encantaría ir —admitió Angela—, si de verdad no es una molestia para ti.

—¡Mi casa es tu casa! —contestó la anciana—. Ya sabes que vivo sola, hay espacio de sobra. Puedes venir y quedarte todo el tiempo que te apetezca.

Angela reflexionó unos instantes.

—Primero tengo que hablarlo con Nathalie —objetó al

verse acuciada de repente por las dudas—. No sé si debería marcharme tan pronto, Tess... Después de todo, acaba de perder a su padre.

—Nathalie ya es mayorcita —le oyó decir a Tess—. Estoy segura de que sabrá cuidarse sola. Y si no fuera el caso, pues vienes con ella. —Hubo unos instantes de silencio—. Angela —añadió Tess—, siento muchísimo lo de Peter, pero no tengo previsto poner a prueba tus nervios con palabras de compasión. Sé lo que se siente en esa situación. Tras la muerte de John, era incapaz de quedarme encerrada en casa. No hay nada peor que ver cómo la gente te mira con compasión. ¿Tengo o no tengo razón?

Angela no pudo evitar reírse, aunque fue una risa triste, y de golpe se le llenaron los ojos de nuevo de lágrimas después de mucho tiempo.

—Gracias —dijo—. Tienes toda la razón —admitió. Durante un rato ninguna de las dos dijo nada, hasta que Angela preguntó—: Bueno, ¿cómo te va? ¡Hace mucho que no nos vemos!

—Pues un motivo más para venir a visitarme de una vez —respondió Tess—. Pero gracias por preguntarlo, estoy bien. De vez en cuando la rodilla derecha me da la lata, pero a mi edad eso no tiene nada de especial —explicó, y al ver que Angela no contestaba nada, prosiguió—: Bueno, le diré a Emilia que te prepare la habitación de la torre y tú simplemente ven cuando más te apetezca, ¿de acuerdo?

—Claro, Tess —dijo Angela con dificultad, puesto que se le había formado un nudo en la garganta—. Te avisaré. Gracias una vez más.

—De nada —señaló Tess riendo—. No olvides que soy una vieja egoísta y que lo único que busco es poder disfru-

tar de tu maravillosa compañía. ¡Te invito por interés personal, querida!

Se rieron y, al despedirse, Angela notó que la presión que sentía en el pecho se relajaba un poco.

Sí, eran justo esa clase de humor y esa franqueza lo que necesitaba en aquellos momentos.

—¡Claro que me las apañaré! —exclamó Nathalie casi indignada—. Necesitas cambiar de aires enseguida, mamá, y Asenza es un lugar de ensueño. ¡Además, hablas muy bien italiano! Lo que no entiendo es por qué no hemos ido juntas mucho antes. Es la región en la que Palladio construyó sus villas más famosas. El paisaje es fabuloso, y Tess tiene una casa increíble.

—Es que quedan todavía tantas cosas por resolver...

—Ya me encargaré yo de ello. Cuidaré de la casa y me ocuparé de todo lo que surja. Conociéndote, seguro que ya lo has resuelto tú casi todo. Tess tiene internet en casa, de manera que podrás estar al día de cómo van las cosas, si te parece.

»¡Ve a Italia, mamá! Ya verás lo bien que te sienta. —Angela siguió mordisqueándose el labio, la indecisión la reconcomía—. ¿Es por el trayecto en coche? —preguntó Nathalie preocupada—. ¿Quieres que te acompañe? Después puedo regresar en tren...

—No, no —se apresuró a aclarar Angela—. Puedo ir sola, tampoco es que esté tan lejos.

—Básicamente está al otro lado —dijo Nathalie señalando la ventana en dirección al paisaje alpino—. En cualquier caso, si fuera necesario tardarías solo unas horas en volver a casa —insistió, y al ver que su madre se quedaba

callada decidió seguir—: Yo en tu lugar me largaría antes del fin de semana. Sobre todo porque algo me dice que el domingo se plantará toda la familia en la puerta para evitar que estés sola. Tía Simone mencionó algo al respecto —comentó sin poder evitar sonreír al ver que su madre reaccionaba abriendo los ojos como platos.

—Ahora sí que me has convencido. ¿Qué día es hoy? ¿Miércoles? Creo que voy a empezar a hacer la maleta.

Angela casi había terminado de preparar el equipaje cuando su hija entró en su dormitorio y se sentó en la cama.

—He estado mirando por internet y parece ser que la semana que viene hará muy buen tiempo en Asenza —dijo Nathalie mientras inspeccionaba con curiosidad el contenido de la maleta. Descubrió unos vaqueros cómodos, blusas, camisetas y, por supuesto, ropa para hacer deporte. De inmediato frunció el ceño—. Llévate también algo elegante —le aconsejó—. Tess conoce a gente realmente distinguida. ¿Quieres que te eche una mano? Si te parece puedo prepararte una maleta adicional, más pequeña. Para las ocasiones especiales, digamos.

Angela no acertaba a imaginar qué ocasiones especiales podían llegar a presentársele en casa de Tess, pero le dijo que sí para que su hija se quedara tranquila. En un abrir y cerrar de ojos Nathalie añadió una serie de vistosas prendas que Angela no se ponía desde hacía una eternidad. En los últimos dos años, ¿cuántas ocasiones había tenido de arreglarse un poco para salir?

Antes incluso de desayunar, el viernes por la mañana, a Angela le pareció casi absurda la idea de sentarse en el coche para marcharse sin más. ¿Cómo podía ser que tuviera tiempo libre? No estaba acostumbrada después de haber dedicado tanto tiempo a cuidar a Peter. Mentalmente intentó repasar de nuevo todos los preparativos que había hecho el día anterior. Le había pedido al jardinero que no se limitara a cuidar de las plantas de la tumba, sino que aprovechara su ausencia para darle un repaso al jardín. La mujer de la limpieza acudiría de vez en cuando a la casa, de manera que Nathalie podría regresar tranquila a la residencia de estudiantes de Múnich para el inicio del semestre. Y aun así era incapaz de librarse de aquella sensación de estar olvidándose de algo importante. Sin embargo, después de hacer una parada obligada en el cementerio y de pasar un buen rato frente a la tumba de Peter con la vana esperanza de notar que de algún modo todavía estaba presente, le quedó claro que ya no había nada que la retuviera allí. Cuando llegó a la autopista hacia Garmisch la invadió una gran sensación de libertad.

Angela respiró hondo, incapaz de recordar la última vez que se había sentido tan aliviada.